

Emociones, identidad y represión: el activismo anarquista durante el franquismo

Emotions, Identity and Repression: Anarchist Activism in Franco's Spain

Eduardo Romanos

Palabras clave

Anarquismo • Franquismo • Movimientos sociales • Activismo • Emociones • Identidad • Ideología • Represión política

Key words

Anarchism • Franco's Dictatorship • Social movements • Activism • Emotions • Identity • Ideology • Political repression

Resumen

Diversos trabajos han señalado cómo en contextos altamente represivos el surgimiento y la continuidad del activismo no se entienden sin la intervención de fuertes elementos subjetivos, afectivos y emocionales. Este artículo participa de este enfoque con un análisis longitudinal del activismo de la primera generación de anarquistas clandestinos bajo la dictadura franquista (1939-1975). Los resultados destacan la combinación de tres factores que ayudan a explicar el sostenimiento del activismo anarquista: i) la mediación de la esperanza en la percepción de oportunidades para la movilización; ii) la movilización estratégica de la indignación en el discurso dirigido a los potenciales apoyos y participantes; y iii) el fortalecimiento de la identificación ideológica con el movimiento gracias, paradójicamente, a la represión. Las fuentes incluyen diversos materiales de archivo y testimonios de activistas.

Abstract

Previous research has shown that in highly repressive contexts, the emergence and continuity of activism cannot be understood without considering the role of strong subjective, affective and emotional elements. Building on this approach, this article offers a longitudinal analysis of the activism of the first generation of clandestine anarchists under Franco's dictatorship (1939-1975). The results point towards a combination of three factors that help explain the maintenance of anarchist activism. These are: i) the role of hope in the perception of opportunities for mobilization; ii) the strategic mobilization of indignation in the discourse directed at potential supporters and participants; and iii) the strengthening of the ideological identification with the movement due, paradoxically, to the effects of repression. The sources used include a range of archival material as well as activists' memoirs.

INTRODUCCIÓN¹

¿Por qué un movimiento tan poderoso como el anarquismo español decayó de manera tan drástica durante la dictadura franquista?

Esta es quizás la primera pregunta que uno se plantea si compara la masiva participación de los anarquistas españoles durante la II República (1931-1936) y la Guerra Civil Española (1936-1939) con su papel periférico

¹ Una versión anterior de este artículo se presentó en el seminario de investigación del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam (febrero de 2008) y en la 7th European Social Science History Conference (Lisboa, marzo de 2008).

Agradezco a los organizadores y asistentes, así como a Lorenzo Bosi, Donatella Della Porta, Mario Diani, Carolina Blutrach, los tres evaluadores anónimos y el Consejo Editorial de esta revista, sus interesantes comentarios y sugerencias.

en la resistencia antifranquista. Los factores son variados y complejos: entre ellos, por supuesto, la represión, pero también la separación no solo física sino también ideológica entre la militancia del interior y del exilio y entre facciones surgidas a uno y otro lado de la frontera, la falta de apoyos internacionales, el salto generacional entre los que hicieron la guerra y los que nacieron bajo el franquismo y la renovación del anarquismo internacional en una dirección alejada del anarquismo social de los años treinta. Sin abandonar la discusión de estos factores, este artículo apunta en una dirección prácticamente opuesta a la sugerida por la pregunta que lo abre: ¿cómo pudo sobrevivir el anarquismo español en condiciones tan desfavorables? Su fuerza no fue la misma que en épocas anteriores pero el movimiento anarquista no desapareció en 1939. Se sostuvo gracias a un conjunto de activistas que llegaron a arriesgar su vida para enfrentarse al régimen franquista.

El activismo anarquista fue un activismo «de alto riesgo» por las dramáticas consecuencias que potencialmente acarrea, entre ellas, la persecución, la tortura, la cárcel e incluso la muerte. Con su estudio queremos profundizar en el conocimiento de las dinámicas de participación en los movimientos sociales en contextos no democráticos, un campo todavía necesitado de aportaciones (Einwohner, 2003, 2006, 2009; Maher, 2010). Dentro de la literatura sobre la acción colectiva, el número de trabajos dedicado a episodios de confrontación política en democracia es abrumador en comparación con los que estudian el activismo de alto riesgo en contextos altamente represivos, por ejemplo, los episodios de resistencia contra dictaduras militares o regímenes totalitarios. Este sesgo democrático no deja de ser paradójico si se contrasta con la situación de los derechos políticos y las libertades civiles en el mundo, donde una parte muy importante de la población no los tiene garantizados.

Este artículo pretende contribuir a una mejor comprensión de estas dinámicas a

partir del análisis de la dimensión simbólica de la participación clandestina. La hipótesis de trabajo es que las emociones, los marcos estratégicos y la identidad colectiva jugaron un papel importante en el sostenimiento del activismo anarquista. A la hora de hablar de la participación, los investigadores de los movimientos sociales han diferenciado entre explicaciones a nivel estructural y al nivel de la motivación individual. Las primeras recurren al papel desempeñado por las redes sociales y los lazos que sus miembros establecen con participantes potenciales del movimiento. Las segundas, aunque centradas en un principio en la afinidad del individuo con las metas del movimiento, han ido incorporando parámetros cognitivos y afectivos que tienen menos que ver con la posición ideológica (entendida en sentido estricto) y más con la percepción (de la efectividad y el riesgo de la acción, de la disponibilidad individual, etc.), las emociones y, en definitiva, la cultura (entendida en sentido amplio) de los potenciales participantes (Klandermans, 2004: 365). Si bien la tendencia predominante apunta a la construcción de puentes entre ambas perspectivas (véase Passy y Giugni, 2001), diversos trabajos han destacado la centralidad de fuertes elementos subjetivos, afectivos y emocionales en la explicación del surgimiento y la continuidad del activismo de alto riesgo (e.g., Kurzman, 1996; Goodwin, 1997; Loveman, 1998; Goldstone y Tilly, 2001).

Por otro lado, la participación se ha estudiado generalmente en tanto que reclutamiento de nuevos miembros, descuidando de alguna forma un fenómeno diferente: la persistencia del compromiso de los ya reclutados (Nepstad, 2004). Nosotros estudiaremos esta otra forma de participación entre los anarquistas que hicieron la guerra: la primera generación de activistas que lideró el movimiento clandestino hasta finales de los sesenta y principios de los setenta. A partir de entonces hizo su aparición una nueva generación de jóvenes libertarios con pautas de movilización e inquietudes en buena

medida diferentes a las de sus mayores. Esta segunda generación queda fuera del ámbito de este trabajo, como también lo hace la vía insurreccional alentada por grupos conspirativos dentro del movimiento libertario a lo largo del franquismo. Nos centraremos, por contra, en las iniciativas más representativas y organizadas de la clandestinidad, en general, alrededor de los comités nacionales de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Nuestra mirada, además de longitudinal en el tiempo, pretende ser transversal entre los diferentes niveles de movilización para observar cómo determinadas emociones mediaron en la atribución de oportunidad y cómo determinados acontecimientos y procesos del entorno político reforzaron las pautas subjetivas de micro-movilización, además de incidir significativamente en cambios a nivel estratégico y organizativo.

El artículo se inicia con una breve introducción histórica del caso de estudio. A continuación se presentan tres apartados que, aunque interconectados, se centran en la discusión y el análisis de una dimensión particular del activismo anarquista: las emociones, los marcos estratégicos y la identidad colectiva, sucesivamente. Cierra el trabajo un apartado de conclusiones que incluye posibles líneas de investigación para futuros trabajos. Las fuentes incluyen, además de prensa clandestina, materiales de archivo y testimonios de activistas depositados en diversas colecciones del Instituto Internacional de Historia Social (IHS) de Ámsterdam y la Fundación Salvador Seguí (FSS) de Madrid. Ni la clandestinidad ni el exilio anarquistas cuentan por el momento con un archivo central o mínimamente centralizado. Los documentos se reparten en numerosos fondos donados por los activistas o sus familiares a diversas instituciones y fundaciones, entre las que destacan las arriba mencionadas. Un conjunto documental que, aunque ampliado poco a poco con nuevas aportaciones, adolece todavía hoy de una profunda fragmentación.

EL MOVIMIENTO LIBERTARIO EN LA CLANDESTINIDAD

El nacimiento del anarquismo español como movimiento organizado se suele situar en noviembre de 1868 con la visita a Madrid de Giuseppe Fanelli, delegado de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, y la posterior creación bajo su influencia de la Federación Regional Española, la sección española de la Asociación Internacional de Trabajadores (Lorenzo, 1974). La Federación, y las organizaciones que con distintos nombres la sustituyeron posteriormente, fueron expresión de un potente movimiento obrero de inspiración libertaria que, tras la superación de diferentes fases, tendencias y problemas (Bar, 1981), vio en la fundación de la CNT en 1910 en Barcelona la creación de un frente coordinado y unitario de resistencia al capital. De vida intermitente, entre la legalidad y la clandestinidad, aunque con predominio de la segunda, la central anarcosindicalista fue a partir de entonces la cabeza visible de un movimiento libertario más amplio tejido en una red de sociedades, grupos, ateneos y agrupaciones. Sus activistas se concentraron principalmente en Cataluña, Zaragoza, Andalucía, Valencia y Madrid. Su papel durante la II República y la Guerra Civil fue decisivo. Durante la contienda llegó a contar con cerca de dos millones de efectivos y organizó una revolución social en la forma de colectivizaciones agrarias e industriales (Casanova, 1997; Romanos, 2009).

La represión de posguerra tuvo unos efectos devastadores sobre los efectivos y recursos del movimiento libertario. La Ley de Responsabilidades Políticas (LRP, 9 de febrero de 1939) declaró fuera de la ley a la CNT y otras organizaciones libertarias, entre ellas la Federación Anarquista Ibérica (FAI, fundada en 1927). Sus miembros fueron perseguidos y represaliados, no solo por reconstruir esas organizaciones en la clandestinidad, sino también por haber pertenecido a ellas en el pasado (Álvaro Dueñas, 2006). Pese a ello,

el movimiento libertario se reconstruyó alrededor de la CNT clandestina, que controló los restos fragmentados y dispersos del resto de organizaciones. De los quince comités nacionales de la CNT creados hasta 1952, doce fueron represaliados en prácticamente la totalidad de sus miembros, condenados varios de ellos a penas de veinte, veinticinco y treinta años de cárcel. También hubo tres penas de muerte, finalmente conmutadas por la máxima de treinta años, salvo la del primer secretario general, Esteban Pallarols (Herrerín, 2004: 145-160). Aunque sin cifras contrastadas de los comités regionales y locales, tanto de los formados como de los caídos, su número debió ser necesariamente mayor.

La represión transformó cuantitativa y cualitativamente al movimiento libertario. En primer lugar, alejó a la masa de afiliados y simpatizantes que en años anteriores habían llenado sus filas. En un primer momento, la CNT intentó mantener su esquema organizativo clásico, preservando unos principios y procedimientos confederales que históricamente daban sentido al activismo anarquista. Se empujó hacia la proliferación de comités y grupos locales a los que había de informar y de los que se pedían fondos con regularidad. Sin embargo, la táctica fue contraproducente y, en cualquier caso, tuvo poco éxito. La policía se infiltró masivamente y golpeó en los momentos clave, cuando el movimiento parecía haberse rehecho. La dinámica de represión fue reduciéndolo irremediabilmente. Las iniciativas y acciones se fueron confiando a unos pocos. Aunque se celebraban reuniones y plenos con pretensión de representar a la «base», los cargos fueron exclusivos de una minoría comprometida de activistas. El movimiento se transformó en una organización de cuadros y sus decisiones en mandatos de complicada discusión. Como durante la guerra, los comités alcanzaron una gran capacidad ejecutiva, separados de una militancia potencial cada vez más replegada y desperdigada que, aunque llamada a la mo-

vilización, encontraba frecuentes problemas para expresar sus posiciones.

Tras la masiva represión del llamado «trienio del terror» (1947-1949), no solo la potencial militancia, sino la misma CNT se hallaba profundamente dispersa y desorganizada (Herrerín, 2004: 176). Los largos años en prisión de los que no habían sido fusilados tuvieron un fuerte impacto entre muchos de los militantes que se habían mantenido activos en la primera posguerra. Los que a su salida no tomaron el camino del exilio, se refugiaron en una especie de *exilio interior*, centrados en su familia y en su trabajo mientras aparcaban una implicación activa en la clandestinidad (Molina, 1976: 458). La situación la ilustra Ramón Rufat (2003: 354), para quien después de haber pasado casi veinte años entre rejas, «el pasado pesaba más (...) que todos los futuros posibles»². Sin embargo, unos pocos viejos anarquistas consiguieron vencer estas barreras y alcanzaron cierta movilización a mediados de los sesenta. Lo hicieron recuperando una vieja forma de organización libertaria: los grupos de afinidad. En un principio, se reunieron en pequeños grupos de amigos o conocidos. Su carácter más cerrado y reducido les protegió más eficazmente contra la infiltración de la policía. Aunque con el tiempo utilizaran las siglas clásicas, reconstruyendo y actuando desde los comités de la CNT clandestina, su funcionamiento efectivo siguió siendo el de grupos interconectados.

EMOCIONES Y OPORTUNIDAD

El concepto de «estructura de oportunidades políticas» (EOP) goza hoy de profusa aplicación en el estudio de la movilización colectiva y se ha convertido en motor de la avalada

² Rufat estuvo preso, primero, desde diciembre de 1938 hasta agosto de 1944 y, tras participar en la CNT clandestina, desde octubre de 1945 hasta septiembre de 1958.

«perspectiva del proceso político», que ha renovado, y en buena medida superado, la teoría de movilización de recursos. Entre las primeras investigaciones, además de la pionera de Eisinger (1973) sobre los conflictos urbanos en los Estados Unidos de los años sesenta, donde se acuñó el término, destaca la realizada por McAdam (1982) sobre el movimiento por los derechos civiles en ese mismo país, el trabajo seguramente más citado como caso paradigmático de EOP. McAdam amplió su orientación teórica al estudiar la variación continuada de las oportunidades en un período prolongado y en diversos lugares. Poco después, Tarrow (1989) integró estos y otros hallazgos dentro de un marco teórico general en su trabajo sobre los ciclos de protesta en la Italia de los años sesenta.

De entre las muchas definiciones disponibles, la quizás más reconocida sea la enunciada por Tarrow: la EOP haría referencia a las «dimensiones consistentes —pero no necesariamente formales o permanentes— del contexto político que incentivan a las personas a emprender una acción colectiva afectando a sus expectativas de éxito o fracaso» (Tarrow, 1994: 85). Sobre qué actúa como oportunidad y qué no, McAdam (1996a: 27) ofreció una «lista consensual» que, aunque contestada (Goodwin y Jasper, 1999), ha sido utilizada con profusión. La lista se compone del grado de apertura de los medios de acceso al poder, la estabilidad de las alianzas dominantes, la disponibilidad de aliados influyentes y la capacidad y la propensión del Estado hacia la represión.

De acuerdo a este modelo, el régimen franquista respondería a una EOP significativamente cerrada para la movilización. Fue un régimen antidemocrático en esencia y en la práctica, fuertemente centralizado, y en donde los agentes del Estado ejercieron un extenso control sobre las personas, sus actividades y recursos y desplegaron una represión brutal contra los opositores políticos. La única oportunidad importante vendría de la inestabilidad entre los diferentes grupos de

poder, por otra parte bastante cerrados (en ocasiones se ha utilizado el término de «familias»), enzarzados en una lucha por el control institucional que, aunque permanente, vivió diversos períodos de intensificación. Entre ellos, destacan: i) el fin de la aparente hegemonía del nacionalsindicalismo de Falange y el inicio del predominio nacional-católico en torno al desenlace de la Segunda Guerra Mundial; ii) la crisis económica ligada a las rémoras del modelo autárquico y, casi simultáneamente, las protestas estudiantiles de 1956, que se saldaron con la marginación definitiva de los falangistas y la entrada de los tecnócratas del Opus Dei en la remodelación del gobierno un año más tarde; y iii) la lucha final entre aperturistas y continuistas, que desde 1969, con el nombramiento de un gobierno monocolor exclusivo de los segundos, vio el progresivo fortalecimiento de la oposición interna en la cúpula de poder.

Los períodos de mayor intensidad de la actividad anarquista clandestina durante el franquismo, comprendidos entre 1944-1947 y 1969-1975, coinciden con dos de estas fases de inestabilidad entre las élites de poder. Durante el primero, los comités nacionales de la CNT clandestina promovieron y participaron en alianzas antifranquistas con otras fuerzas políticas y sindicales. El segundo hace referencia a la movilización sostenida por los nuevos grupos de jóvenes libertarios bajo influencia, en mayor o menor medida, de la protesta antiautoritaria internacional de 1968 y que, por tanto, queda fuera del ámbito de este trabajo. Volviendo a la primera generación, durante las turbulencias vividas entre las élites a mediados de los cuarenta, los anarquistas entablaron conversaciones con sectores monárquicos recelosos del rumbo tomado por el régimen en la búsqueda de un pacto hacia la constitución de un gobierno de transición que concluyese con un plebiscito entre monarquía o república (Marco Nadal, 1982). Dos décadas después, algunos viejos libertarios mantuvieron contacto con disidentes falangistas con la idea de partici-

par conjuntamente en la transformación de los sindicatos verticales en una plataforma autónoma, independiente y eventualmente antifranquista (Ramos, 1990). Podríamos pensar que monárquicos y falangistas representaron un apoyo entre las élites. Sin embargo, ambos se hallaban por entonces alejados del centro de poder (Moradiellos, 2000), como por otra parte corrobora las limitadas repercusiones que los contactos establecidos por los anarquistas tuvieron para el régimen, sobre todo en el segundo caso. De hecho, las conversaciones con los falangistas podrían concebirse como una repercusión tardía de la crisis que en 1956 certificó su marginalidad respecto a la cúpula de poder. Además, los contactos no llegaron a buen puerto en ningún caso, por lo que el posible apoyo nunca fue efectivo. En resumen, podemos decir que las oportunidades políticas fueron muy restringidas, si bien se observa una correlación entre la inestabilidad de las élites y la movilización anarquista.

Hasta el momento hemos utilizado una versión «clásica» y «estándar» (McAdam *et al.*, 2001) del modelo de la EOP que en los últimos años ha evolucionado en una dirección más dinámica e interactiva (véase también Tilly y Tarrow, 2007). La evolución responde, en gran medida, a las críticas recibidas (véanse, por ejemplo, Goodwin y Jasper, 1999; Koopmans, 2005; Jasper y Young, 2007). Estas convergen por lo general en subrayar el «prejuicio estructural» del modelo —explícito en la propia metáfora de su tesis central— y su excesivo carácter determinista, que obstaculizaría la comprensión correcta de la compleja relación entre sistema y acción en la investigación empírica. Gamson y Meyer (1996) quisieron salvar esta distancia al sumar una dimensión cultural a la puramente institucional de la estructura de oportunidades (véase también Goldstone y Tilly, 2001). Las oportunidades no serían oportunidades interpretadas automáticamente a partir de cambios objetivos sino percibidas y reconocidas por los actores, quienes atribuyen significados a las situacio-

nes de acuerdo a parámetros culturales que incluyen prismas tales como las emociones, la ideología, la idiosincrasia nacional, el discurso público, los medios de comunicación, etc. La EOP no sería simplemente una estructura ya dada y disponible sino construida en una lucha simbólica entre y dentro de los movimientos sociales. De acuerdo a esta perspectiva, este artículo sostiene que el régimen franquista fue un entorno político significativamente cerrado donde, sin embargo, las emociones jugaron un papel importante en la atribución de oportunidades para la movilización de los anarquistas.

En los últimos años, las emociones han abandonado el lugar marginal que tradicionalmente se les había asignado en el análisis de los movimientos sociales para constituirse en un elemento clave y con proyección (Goodwin *et al.*, 2001; Goodwin y Jasper, 2004, 2007; Flam y King, 2005; Whittier, 2009; Kenney, 2010; véase también Latorre, 2005). Las emociones penetran todos los aspectos de la vida social y, por tanto, interceden en nuestra interpretación del mundo social y en nuestra intervención en el mismo. Por un lado, median en nuestra percepción del entorno (Katz, 1999); por el otro, actúan como «respuestas evaluativas» (Kemper, 1978) a situaciones específicas proporcionando motivos para intervenir en ellas. Reed (2004: 666) las entiende como proyectos narrativos «que dirigen la acción cuando se pone en cuestión o se abre a la interpretación el sentido de realidad social de un individuo. Las emociones (...) ayudan a diagnosticar la severidad y urgencia de un “problema”, facilitan la comprensión de la eficacia y la viabilidad de las acciones y, en última instancia, ayudan a incorporar un curso activo o distinto de trascendencia». Goodwin, Jasper y Polleta (2004) distinguen cuatro tipos de emociones en relación a los movimientos sociales: i) emociones reflejas (miedo, sorpresa, ira, aversión, alegría, tristeza), que no es sinónimo de irracionales, y que tienen una existencia efímera, apareciendo y desapareciendo rápidamente; ii) emociones

afectivas (amor, odio, respeto, confianza), más duraderas que las anteriores; iii) emociones morales, que conllevan un juicio, bien sobre nuestra acción (orgullo, vergüenza, culpa), bien sobre la de otros (indignación, envidia); y iv) ambientes emocionales o estados de ánimo (*moods*) más amplios y modulares (esperanza, ansiedad, depresión, melancolía), que generados en un contexto pueden afectar lo que pensamos o cómo actuamos en otro y, por tanto, no tienen por qué estar dirigidos de manera directa hacia un objeto concreto.

La esperanza podría concebirse como un ambiente emocional optimista que conlleva un sentido de eficacia de la acción colectiva. La esperanza se produce, por ejemplo, cuando los miembros de un movimiento social perciben la vulnerabilidad del oponente y, tras la consiguiente «liberación cognitiva» (McAdam, 1982), aceleran su movilización. Esta dinámica se observa de manera particular en el activismo de alto riesgo, donde la esperanza actuaría de especial acicate de la movilización (Aminzade y McAdam, 2001) y se vería, a su vez, fortalecida con la acción (Polleta, 2000; Jasper, 1997; Wood, 2001). Dentro de las duras condiciones de la clandestinidad, los anarquistas españoles se movilizaron en un microambiente de optimismo que estaba en principio generado por procesos del entorno político, e incluso por acontecimientos ajenos al contexto doméstico de la movilización. Imbuidos de esperanza, los anarquistas evaluaron positivamente la efectividad de su acción y, como consecuencia, intensificaron su participación en la movilización. El ejemplo más claro lo aporta el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Su inicio tuvo ya importantes repercusiones emocionales para los anarquistas: la declaración de guerra por parte de Inglaterra y Francia fue tomada por algunos como una «gran noticia» que activó «las ilusiones»³. Los

representantes de la no-intervención durante la Guerra Civil Española pasaban a involucrarse en la lucha contra el fascismo, lo que podía tener importantes repercusiones para la resistencia antifranquista. La inclinación del conflicto en favor de los aliados infló la esperanza, que estalló finalmente con el desenlace de la guerra: una «sentencia» contra Franco, al que según los anarquistas le quedaba «poco tiempo»⁴. Lo recuerdan los testimonios del exilio: «Todos los refugiados españoles sin excepción sintieron una gran ilusión. Creyeron, con justa razón, que su país sería liberado de la dictadura franquista, afirmada con la ayuda de Hitler y Mussolini» (Temblador, 1980: 146; véase también Martorell, 2003: 231). En parte se veía como un «deber moral» por parte de los aliados; no pocos anarquistas españoles exiliados habían combatido al fascismo en Europa, tanto en el frente como en la retaguardia, y esperaban que la lucha continuara tras los Pirineos. En septiembre de 1945, fecha de la capitulación de Japón, la CNT del interior lanzaba unas octavillas donde afirmaba que se acercaba el momento de la liberación en España, del «último y victorioso ataque contra Franco y Falange»⁵. Olegario Pachón (1979: 31), anarquista en el exilio, resume la permanencia, meses después, de los efectos de la esperanza:

todavía en aquella época [febrero de 1946] se tenía la esperanza de que los aliados nos ayudaran a derrocar a Franco, y cuando existen perspectivas, la gente arriesga lo que sea porque sabe que detrás del sacrificio existe la recompensa de ver el fruto del trabajo realizado.

cia del final de la Guerra Civil en el puerto de Alicante, el traslado al campo de Albaterra y, posteriormente, al convento-prisión de San Miguel de Orihuela, donde se recibe la noticia.

⁴ CNT, núms. 12 y 18 de julio y agosto de 1945, respectivamente.

⁵ «CNT a los guerrilleros, a los combatientes de retaguardia», España, septiembre de 1945 (IISH, Diego Abad de Santillán, 369/1945).

³ Testimonio, Anónimo, Granada 03/04/1986 (FSS, Testimonios, 32: Aragón), donde el autor relata su experien-

La movilización se materializó en la intensificación de los contactos con otras fuerzas antifranquistas, la eclosión de publicaciones clandestinas y la sucesión de reuniones internas (Herrerín, 2004; Romanos, 2007).

No obstante, la esperanza depositada en la ayuda aliada se desvaneció tras la publicación de la *nota tripartita* en marzo de 1946. En ella, Estados Unidos, Francia y Reino Unido abogaban por una solución pacífica al «problema español» que debía ser obra de los propios españoles. Pese al golpe, el optimismo general perduró⁶, respaldado por entonces por los resultados de la propia movilización. La Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas (ANFD), creada en octubre de 1944 por socialistas, republicanos y anarquistas, mantenía por entonces contacto con los monárquicos en la línea sugerida por la *nota tripartita*, lo que generó un «clima de optimismo (...) respecto a un cambio político». El secretario general de la CNT se mostraba «francamente optimista sobre la firma del pacto entre todos los sectores antifranquistas y de sus resultados rápidos y efectivos» y, como consecuencia, el exilio elaboró listas de militantes dispuestos a pasar urgentemente al interior al mismo tiempo que se pedía que se hicieran efectivas las cotizaciones para poder coordinar las acciones necesarias⁷. Los acuerdos del Pleno Nacional de Secretarios celebrado en España a finales de 1946 se despedía con el lema «Organizar, Organizar y Organizar», «para no ser desbordados por los acontecimientos» que por en-

tonces se preveían⁸. Sin embargo, las conversaciones con los monárquicos se estancaron en 1947. Tras ello, la ANFD dio libertad a sus miembros para entablar contactos a título individual, lo que provocó la desbandada de la alianza y, unido a otros factores, el fracaso de uno de los intentos más prometedores de oposición antifranquista (Marco Nadal, 1982)⁹.

Si un acontecimiento exterior empujó en 1945 a los anarquistas hacia la esperanza, dos décadas después lo haría la respuesta institucional del régimen a determinados conflictos internos: tras las protestas estudiantiles de 1956, el Ministerio de Trabajo concedió algunos aumentos salariales, desbloqueó su negociación entre trabajadores y empresarios y la Ley de Convenios Colectivos de 1958 amplió la negociación a las condiciones laborales; tras las huelgas de la minería de 1962, la legislación franquista diferenció entre conflictos laborales y políticos y concedió algunas estructuras horizontales de trabajadores en el Sindicato Vertical; por último, la convocatoria de elecciones sindicales en 1966 facilitó las condiciones para la entrada de opositores en los organismos de representación de los trabajadores (Molinero e Ysàs, 1998: 62-77; Vega, 2002). Estas iniciativas institucionales facilitaron la «liberación cognitiva» de una nueva generación de opositores y la creación de nuevos espacios de movilización dentro del mundo laboral.

Entre los anarquistas, las huelgas asturianas infundieron «nuevas esperanzas», alejando «un sentimiento negativo de inutilidad del propio esfuerzo» que había terminado por

⁶ *La Voz Confederal*, Euzkadi, núms. 2 y 3 de julio y agosto de 1946, respectivamente. A finales de 1946 y principios de 1947 seguía hablándose de «la proximidad de nuestro retorno a las libertades públicas» y la posición «ante el momento de España», como recogen diversas convocatorias de plenos y las ponencias en ellos acordadas. Unas ilusiones compartidas por el exilio, estando como estaban, según ellos, «abocados a inminentes acontecimientos» (Circular 34 del Subcomité Nacional de la CNT en Francia, Toulouse, 19/07/1946, en FSS, CNT-MLE Exilio).

⁷ Informe del Subcomité Nacional de la CNT en Francia, Toulouse, 03/01/1947 (FSS, CNT-MLE Exilio, 17).

⁸ Acuerdos tomados por el Pleno Nacional de Secretarios del 30 de noviembre y 1 y 2 de diciembre de 1946, España, 25/12/1946 (IISH, CNT del Interior, 4).

⁹ La carrera entre los antiguos miembros de la ANFD la ganaron los socialistas con el llamado Pacto de San Juan de Luz, firmado en 1948 con la Confederación de Derechas Monárquicas. Sin embargo, este quedó desactivado por el entendimiento paralelo entre Don Juan y Franco para una transición pausada, que, por otra parte, tuvo que esperar casi tres décadas para realizarse.

calar entre los activistas en los últimos años. Los acontecimientos del momento, decían, daban la razón a «todos aquellos que comprendieron que quebrar era truncar un magnífico porvenir de esperanzas y cambiar el noble gesto de la rebeldía por el yugo innoble del conformismo». El ambiente llamaba a la acción para aprovechar las nuevas oportunidades, si bien con ciertas cautelas:

sería un contrasentido creer que el sistema opresivo se presente debilitado en sus estructuras hasta el punto en que confiemos en una solución otorgada graciosamente. Hay que perseverar. Es preciso hallar fórmulas viables que permitan implicar en la tarea liberadora un número cada día mayor de opositores¹⁰.

En todo caso, el éxito de las movilizaciones de 1962 y de otras posteriores mostró la vulnerabilidad del régimen. Los anarquistas vieron en las respuestas de las autoridades «destacadas mejoras» e incluso «evidentes señales de evolución»¹¹. Definieron el momento como una «circunstancia histórica», «el umbral de un horizonte nuevo», con el «franquismo a punto de desmoronarse» por la ineficacia de las estructuras y el empuje de la juventud disconforme¹². En ocasiones, el clima de optimismo que alentaba a los libertarios llegó a ser tal que algunos exiliados no dudaron en calificarlo de «exorbitado»¹³.

Junto a la esperanza animada por la vulnerabilidad de las instituciones, el lamentable estado del movimiento clandestino provocaba otras emociones: un estado de agitación e inquietud próximo a la ansiedad. Tras una lar-

ga represión, los anarquistas se encontraban fuertemente diezmadados, sin apenas estructura: «un bache organizativo en un momento crucial del que la CNT no podía quedar al margen» (Damiano, 1978: 221). Se había producido una discontinuidad no solo organizativa sino también ideológica: las protestas eran expresión de una generación de opositores en buena medida desvinculados de las tradiciones del movimiento obrero español (Soto, 1998; Moradiellos, 2000; Domènech, 2002; Juliá, 2004). Si no actuaban pronto, la «ruptura ideológica generacional» colocaría a la tradición anarquista en «gravísimo peligro de extinción» (Damiano, 1978: 252). Así, reaparecieron cabeceras clandestinas y se crearon otras nuevas, en cuyas páginas se llamó a la reorganización de militantes que orientaran la «decisión transformadora» de la nueva generación; un empuje que a su entender carecía de «verdadero cauce y de precisa perspectiva»¹⁴. Era necesario ir «al encuentro de los nuevos movimientos de potencia»¹⁵, «interesar a las juventudes preocupadas de nuestro pueblo, las de la Inteligencia muy especialmente», como decían algunos desde el exilio¹⁶, e informar a estos jóvenes de las propuestas, con la intención de atraerlos a sus filas y adoctrinarlos:

orientar, educar, reunir ya ahora a los auténticos nuevos cuadros de dirigentes obreros surgidos de las generaciones de trabajadores que han nacido al mundo del trabajo durante estos 25 años de explotación durísima¹⁷.

La inquietud y la ansiedad se veían acrecentadas por la posición de preeminencia ocupada por el Partido Comunista en el conjunto de la oposición. Esta posición se alcanzó en buena medida a través del

¹⁰ Circular núm. 2 del Comité Regional de Cataluña y Baleares de la CNT, agosto de 1962, citada en Damiano (1978: 236-239).

¹¹ Las citas corresponden a *Vórtice* núm. 2 [1962] (citado en Damiano [1978: 246]) y «Una gestión trascendental», agosto de 1965, documento dentro del dossier «Proyección del Sindicalismo Español» (FSS, Lorenzo Íñigo [LI], 55).

¹² *Cultura y Acción*, mayo de 1962.

¹³ Carta de Horacio Martínez Prieto a Lorenzo Íñigo, Ivry sur Seine, 08/09/1965 (FSS, LI, 55).

¹⁴ *Cultura y Acción*, mayo de 1962.

¹⁵ Carta de Cipriano Damiano a la Sveriges Arbetares Centralorganisation (SAC), s.l., [septiembre] de 1965 (IISH, Fernando Gómez Peláez [FGP], 738).

¹⁶ Carta del Grupo Iberia, s.d. (IISH, FGP, 730).

¹⁷ ASO. *Boletín de la ASO de España*, 2, mayo de 1964.

extenso control que los comunistas acabaron ejerciendo sobre las nacientes Comisiones Obreras. Los anarquistas vieron cómo los comunistas les comían el terreno en el mundo sindical, un campo que tradicionalmente habían dominado, y decidieron «hacerles frente» con apremio (Andrés, 2006: 176; Lizcano, 2005: 55). A mediados de los sesenta, dos núcleos separados y distantes reaccionaron en coalición con grupos disidentes de otras fuerzas sindicales igualmente en declive: unos, con disidentes ugetistas en la llamada Alianza Sindical Obrera, con base operativa en Barcelona; otros con disidentes falangistas, a quienes les unían «coincidencias alentadoras»¹⁸, en la iniciativa sindical conocida como *cincopuntismo*, con centro en Madrid.

EMOCIONES Y MARCOS ESTRATÉGICOS

El clima de esperanza rebajó los costes del activismo y ayudó a una interpretación favorable de las oportunidades externas para la movilización. A la esperanza se sumó la percepción de la necesidad de actuar para aprovechar las oportunidades. En ese sentido, podemos decir que el ambiente emocional generado por determinados acontecimientos (internos al movimiento o relativos al régimen o el escenario internacional) medió en la atribución de oportunidad y, por consiguiente, facilitó el surgimiento de la movilización. Sin embargo, otras emociones intervinieron de manera distinta en el proceso de movilización. Nos centraremos a continuación en el papel desempeñado por estas en la creación de marcos estratégicos (*strategic framing*) por parte de los líderes del movimiento. Siendo ambos elementos simbólicos de la acción colectiva, emocio-

nes y marcos estratégicos han estado durante mucho tiempo separados. De hecho, el desarrollo a partir de los años noventa de una corriente dentro del campo de los movimientos sociales que subraya el papel desempeñado por los sentimientos y las emociones en la producción y reproducción de los movimientos se explica en buena medida como reacción a una visión demasiado estratégica de la cultura centrada en los procesos cognitivos (véase Della Porta y Diani, 2006). El choque provocado por la quiebra de normas morales, la confrontación explícita con la ira y la injusticia o la experiencia de la solidaridad son elementos a tener en cuenta a la hora de analizar la participación, al mismo nivel que la intervención de los líderes en los procesos de alineamiento de marcos (Goodwin *et al.*, 2001, 2004). Por alineamiento de marcos (*frame alignment*) se entiende aquí «los esfuerzos estratégicos de las organizaciones y los actores de movimientos sociales por vincular sus intereses y metas con los de potenciales simpatizantes y proveedores de recursos para que así “comprende” o contribuyan de alguna forma en las campañas y las actividades del movimiento» (Snow, en prensa). Sin olvidar esta dimensión estratégica, la perspectiva emocional destaca el trabajo de los actores y las organizaciones en la producción de símbolos y una retórica orientados a suscitar diversos tipos de emociones entre sus potenciales seguidores y apoyos en lo que se ha venido a llamar una «economía libidinal» de los movimientos (Jasper, 1997).

Los líderes del movimiento clandestino movilizaron la indignación moral en su discurso. La indignación es una emoción moral que conlleva el juicio sobre una persona o un conjunto de personas, a quienes se les acusa de ser responsables de una situación que se entiende como injusta o miserable. Es una reacción a esa situación en cuyo proceso interviene la creencia de que alguna norma ha sido violada de manera arbitraria y deliberada y que esa acción inflige daño o sufrimiento. Se produce además la ruptura

¹⁸ «Resolución preliminar sobre el sindicalismo obrero español», 04/11/1965, documento inserto en el dossier «Proyección del Sindicalismo Español» (FSS, LI, 55).

de una expectativa moral: el daño se inflinge contra alguien que no lo merece, y por lo tanto no debería producirse. La indignación conlleva un sentido de obligación, de reparar la situación. Esa fuerza puede ser movilizadora contra los responsables de la situación indigna, transformándolos en objetivo político de la acción colectiva (Reed, 2004: 667; Cadena-Roa, 2005: 81).

La indignación fue una emoción instrumental en el enmarcamiento estratégico del movimiento. Se puede decir que, durante la posguerra, los libertarios participaron de una dramaturgia estratégica (McAdam, 1996b) ante una audiencia interior (el «pueblo español») y una audiencia exterior (las potencias aliadas) con la intención de (re)producir en esos «espectadores» la indignación y conseguir con ello sumar apoyos, efectivos y recursos. En esa concepción escénica, la oposición representaba el papel de alternativa legítima a la ilegitimidad del régimen. En 1945, la oposición antifranquista recababa la ayuda internacional para, según lo firmado en la *Carta del Atlántico* y la Conferencia de Crimea, acabar con el «Estado satélite del Eje» en España y devolver una autoridad gubernamental interina y representativa que respondiera a la voluntad del pueblo. Las cabeceras anarquistas movilizaban imágenes que subrayaran la ilegitimidad del régimen, retratado como irresponsable, incompetente, ignominioso, injusto, traidor, esclavista, brutal y tiránico, con una «casta de españoles» que disfrutaba de suministro y privilegios mientras «los niños de los trabajadores se mueren de hambre» y una «permanente amenaza pesa sobre el ciudadano» porque «la vida de todos los españoles [queda] pendiente a discreción de la violencia armada e impune de los sicarios de Falange»¹⁹.

En un principio, la legitimidad de la oposición era la de la República arrasada «con la intervención descarada de unos [la Alemania nazi y la Italia fascista] y la tolerante pasividad de los demás [las democracias luego aliadas]»²⁰. Los anarquistas pidieron en un principio el restablecimiento de la Constitución de 1931, y con ella de «las más elementales libertades cívicas»²¹. Lo hacían no desde «actos esporádicos y sacrificios inútiles» sino en la realización de «actos decisivos» dentro de la vía política y diplomática que representaba la alianza antifranquista formada por «las clases democráticas españolas»²². Tras la nota tripartita de marzo de 1946, esta alianza aceptó «la colaboración de los elementos monárquicos y conservadores que lealmente desean sustituir el actual régimen por otro que proclame, reconozca y respete los derechos del individuo»²³.

La representación estratégica de una alternativa legítima a un régimen ilegítimo aparece de nuevo en las iniciativas sindicalistas de los años sesenta. La CNT volvía a la escena pública después de un período de repliegue organizativo²⁴. Por entonces, las élites franquistas se afanaban en sustituir lo que, según el discurso ideológico del régimen, era su legitimidad de origen —una legitimidad brindada por la victoria— por una nueva sustentada en las realizaciones del ejercicio (Moradiellos, 2000: 150). En el proceso, las élites utilizaron el bienestar material como instrumento legitimador de un régimen intitulado en ocasiones de «desarrollista» que desnaturalizaba conceptos del léxico liberal y democrático (democracia, libertades, constitución o Estado de derecho) en un discurso

¹⁹ Las referencias pertenecen a *Juventud Libre*, 159, 30/03/1947; *Fragua Social*, Levante, 19, diciembre de 1946; y *Solidaridad Obrera*, Cataluña, 6, 19/07/1945. Un tratamiento más extensivo de esta cuestión en Romanos (2007, 2008).

²⁰ *Solidaridad Obrera*, Cataluña, 14, noviembre de 1945.

²¹ *Solidaridad Obrera*, Cataluña, 16, abril de 1946.

²² *Fraternidad*, Órgano del Comité Nacional de enlace UGT-CNT, primer número, septiembre de 1946.

²³ CNT, España, 27, 15/06/1947.

²⁴ «La CNT ante el pueblo español», Comité Nacional de la CNT, España, enero de 1966 (IISH, FGP).

que buscaba la aceptación de los gobiernos extranjeros y de la opinión pública doméstica e internacional (Ysàs, 2004; Sesma, 2006). La farsa desarrollista no solo fue denunciada por la oposición, y dentro de ella por los libertarios, sino también por organismos internacionales, como la Comisión Internacional de Juristas, que publicó en 1962 *El Imperio de la Ley en España*, un mazazo a las aspiraciones españolas de ingreso en la Comunidad Económica Europea, solicitado en febrero de ese mismo año.

Los anarquistas movilizaron la indignación contra el régimen buscando en esta ocasión el interés de una audiencia fundamentalmente doméstica: la juventud inconformista. Defendieron la democracia, la paz y el bienestar económico frente a su apropiación demagógica por parte del franquismo. Sus iniciativas se encaminaban a hacer de España no solo un país «donde no sea posible viva un solo hombre siendo esclavo», objetivo perseguido hacía tres décadas por la CNT (1932: 180-181), sino también un lugar «donde no exista el hambre o la necesidad frente a la abundancia más insolente o el lujo más escandaloso»²⁵. Las bases de la transformación debían ser el municipio y el sindicato, centros revolucionarios de la tradición libertaria reivindicados como fuente de verdadera democracia frente a su desnaturalización en la «democracia orgánica» franquista²⁶. La orientación era claramente pragmática, en sintonía con las reivindicaciones de la nueva generación. En su reclutamiento, como ya se ha dicho, competían con los comunistas, hacia cuyo éxito es fácil pensar que los libertarios sintieron cierta envidia, incluso fascinación, como reconoce Lorenzo Íñigo, promotor del cincopuntismo,

iniciativa que copió la táctica comunista de infiltración²⁷. Otro sentimiento movilizado en su discurso fue la culpa: en un sentido más privado, por una falta de flexibilidad estratégica que les había alejado de la juventud, y, en un plano más general y un sentido más público, por su responsabilidad en el clima de violencia previo a la Guerra Civil, entendida y comunicada por entonces como una tragedia colectiva²⁸.

La incomunicación y la ausencia de un órgano de representación unitario hicieron, sin embargo, que las iniciativas sindicalistas de los años sesenta fueran exclusivas y particulares de cada núcleo. Una vez elaboradas, sus promotores recababan la adhesión al proyecto, primero, por parte de otros grupos libertarios o antiguos militantes, buscando potenciales apoyos dentro del movimiento histórico. Aunque las formas y los contenidos no fueran compartidos en su totalidad, algunos se sumaron al representar un modo de acción colectiva después de un prolongado período de alejamiento y recogimiento en los asuntos privados. Sin embargo, fracasó el reclutamiento de la nueva generación de inconformistas que manifestó su descontento hacia el régimen a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta.

IDENTIDAD, IDEOLOGÍA Y REPRESIÓN

Como activistas de alto riesgo (McAdam, 1986), los anarquistas clandestinos fueron una minoría con un fuerte compromiso con la ideología y las metas del movimiento libertario. Presentaban, además, un historial de activismo que en algunos casos incluía puestos de responsabilidad en la estructura organizativa con anterioridad a la fase de clan-

²⁵ Mensaje de la CNT de España, enero de 1963 (FSS, CNT Interior, 165).

²⁶ *Ibid.* La Ley de Principios del Movimiento Nacional de 17 de mayo de 1958 estipulaba la representación de las entidades naturales de la vida social a través de la triada pilar de la «democracia orgánica»: familia, municipio y sindicato.

²⁷ Lorenzo Íñigo, *Los cinco puntos* (inédito), Madrid, 1985, en FSS, LI.

²⁸ Mensaje de los Grupos de Militantes Libertarios de Aragón, junio de 1967 (IISH, FGP, 730).

destinidad²⁹. Por compromiso se entiende la identificación que un individuo establece con una colectividad y que le lleva a involucrarse en sus actividades (véase Hunt y Benford, 2004). Quienes se movilizaron durante el franquismo habían establecido profundos vínculos con ese conjunto de «compañeros» libertarios que en ocasiones ha sido visto como una «gran familia» y, en referencia a la CNT, «la familia confederal», a cuyo servicio se entregaron «incondicionalmente» (Marco Nadal, 1982: 22)³⁰. Estos vínculos son, según Klandermans (1997), de tres tipos: *afectivos*, que reflejan el grado de conexión emocional con el movimiento; *instrumentales*, referentes a los beneficios asociados a la pertenencia y a los costes derivados de la salida del movimiento; y *normativos*, que indican la obligación moral que el individuo siente para seguir trabajando en pos del movimiento. Con respecto al compromiso en contextos poco abiertos a la movilización, se ha destacado la importancia de contar con organizaciones que sirvan de estructuras plausibles, tanto a nivel ideológico (Barkan *et al.*, 1995) como instrumental y afectivo (Nepstad, 2004).

La CNT clandestina prestó en el período de posguerra una labor asistencial a sus miembros. Las aportaciones económicas de los comités y grupos locales se destinaba, sobre todo, a la liberación de los presos y los condenados a muerte: una obra «emocionante» (Molina, 1976: 44) por las vidas salvadas y un «imperativo» urgente cuando la represión se cebaba con los «desgraciados compañeros»³¹. Las aportaciones servían

también para ayudar a las familias de los presos y, en ocasiones, destinar una asignación a los que ocupaban la secretaría general (a veces también a los vicesecretarios), algo excepcional hasta ese momento en el sindicato³². La labor asistencial, aunque limitada, fue importante, pero seguramente lo fue más la retribución simbólica ofrecida por la organización clandestina. Para la experiencia política de los activistas clandestinos, el entramado de organizaciones y asociaciones del movimiento libertario había representado una importante fuente de sentido. Su socialización política se había iniciado en los ateneos libertarios y las agrupaciones de jóvenes y mujeres. Su participación había continuado o se había simultaneado en la CNT, la Organización con mayúscula. Algunos, además, formaban parte de la «específica»: la FAI. Este entramado organizativo creó unas redes de sociabilidad a través de las cuales «se satisfacían una serie de demandas, necesidades e intereses, se tejían vínculos y relaciones sociales y circulaban recursos materiales y elementos culturales» (Navarro, 2002: 13). Durante la clandestinidad, el entramado de redes y la circulación material y simbólica se resintieron gravemente, pero resistieron, e incluso se fortalecieron, las conexiones afectivas y morales establecidas por los militantes más comprometidos. Participaron en la acción clandestina llevados por «la colaboración solidaria y el ánimo de compañerismo y de desprendimiento» (Damiano, 1978: 44). También por un sentido de justicia, de indignación moral que empujaba al anarquista a arriesgarse en una acción dirigida a la reparación de los daños infligidos no solo

²⁹ La falta de registros dificulta un seguimiento exhaustivo de las trayectorias militantes. Una relación de los miembros de los comités nacionales de la CNT en Herreín (2004).

³⁰ García Oliver (1978: 265), durante la guerra: «... los Sindicatos, hogar de todos los trabajadores agrupados en la CNT, porque en ellos nunca se sintieron máquinas cotizadoras sino elementos de una gran familia».

³¹ Carta de José E. Leiva al Comité Nacional Delegado de España, París, 8/11/1945 (IISH, Ramón Álvarez Palo-

mo), con motivo de la caída de miembros del VIII Comité Nacional de la CNT y la ANFD.

³² Actas del Pleno Nacional de Regionales celebrado en Carabaña (Madrid) del 12 al 16 de julio de 1945 (IISH, FGP, 726) y Circular 24 del Comité Regional de Galicia a las Federaciones Locales, 19/03/1946 (IISH, CNT del Interior, 4).

a la colectividad militante de la que formaban parte sino al conjunto del «pueblo español» sometido por la tiranía franquista. La experiencia de la Guerra Civil y su desenlace habían obrado un cambio en el orden de intereses: del interés particular de la organización (revolución social) al nacional o general (liberación del franquismo) (Marco Nadal, 1982: 20; véase Romanos, 2007).

La represión, al mismo tiempo que reducía irremediamente el conjunto de recursos y efectivos, reforzó las conexiones afectivas y morales de los más identificados con el movimiento. Que la presencia de un fuerte enemigo externo refuerza la cohesión del grupo es una idea conocida (e.g., Gurr, 1993). Sin embargo, creemos que no lo son tanto las implicaciones del fenómeno. Para discutir las, debemos referirnos al papel jugado por la identidad en el sostenimiento del activismo clandestino. La identidad es un «concepto pivotal» en el estudio de la acción colectiva (Snow y McAdam, 2000: 41) del que se ha destacado su ubicuidad en todos los aspectos de la actividad de un movimiento social (Polleta y Jasper, 2001; Hunt y Benford, 2004; Reger *et al.*, 2008). Es un requisito imprescindible para el surgimiento de la movilización (Morris, 1992) y su continuidad en el tiempo (Gamson, 1991). De entre las definiciones disponibles, optaremos por una de mínimos. Tilly (2002) la acota como la experiencia de una relación social junto a la representación pública de esa experiencia. En este sentido, la identidad colectiva podría definirse como la percepción de una relación que conecta al individuo (cognitiva, moral y emocionalmente) con una comunidad más amplia (Polleta y Jasper, 2001). La identidad se construye en la (r)elaboración de experiencias y la movilización de emociones a través de narraciones y en la interacción con los miembros del movimiento, sus aliados, sus oponentes y el público en general (Hunt y Benford, 2004; Berstein, 2008).

En el caso de los anarquistas, la ideología fue una fuente primordial de identidad³³. En un sentido heredado del anarquismo decimonónico, la ideología anarquista permeaba la vida de los activistas, orientándoles no solo en el diseño de su acción política sino también en el diseño de su proyecto vital y sus relaciones personales. La afirmación no solo es válida para los representantes de la primera generación. A principios de los años setenta, algunos jóvenes anarquistas seguían viendo su activismo como una «coherencia vivencial en cada uno de nosotros entre los actos ideológicos, la ideología y la vida personal en todos los sentidos»³⁴. La ideología dotaba al sujeto de identidad (no solo política) y actuaba como cosmovisión que permitía una interpretación global del orden político, social e histórico. Lo conectaba con una comunidad de «compañeros» con quienes compartía unas mismas creencias y principios y a quienes unía un fuerte sentido de solidaridad (Ricoeur, 1997) y, también, con una historia de lucha anarquista que, por otra parte, había encontrado en España un sangriento campo de batalla.

La identidad como experiencia (Tilly, 2002), donde se interiorizan valores compartidos por el grupo, viene mediatizada por la representación de esa experiencia, es decir, se construye a través de historias compartidas y excluyentes sobre la frontera establecida entre «nosotros» y «ellos», siendo los segundos los responsables del conflicto. Son, en buena medida, historias de límites sobre cómo surge esta diferencia y lo que separa (Taylor y Whittier, 1992). Una brecha que actúa simultáneamente como espejo, donde los valores forman una imagen en la que el

³³ Por ideología entendemos el sistema de ideas, creencias y valores que ayuda a organizar la información para comprender el mundo social y político y que, además, prepara el diseño de prácticas o instituciones políticas e impulsa su cambio o mantenimiento (Freeden, 1996, 2005).

³⁴ «Autogestión Obrera», s.d. [c.1972] (IISH, FGP, 400).

grupo se mira y reconoce, y como muro, que le aporta consistencia y lo protege de crisis identitarias (Cerutti, 2001). En el caso que nos ocupa, esas narraciones *fronterizas* eran esencialmente ideológicas, es decir, pertenecían al acervo ideológico de los anarquistas. La ideología anarquista procesó un pasado colectivo en donde se identificaron problemas y responsables de esos problemas, pero también soluciones y agentes del cambio. Las historias del pasado empujaban así hacia la coordinación de acciones en el presente; además de espejo y muro, las narraciones servían de foco que iluminaba la intervención del grupo (Couch, 1984; Katovich y Couch, 1992; Schwartz, 1996; Fine, 2002).

El conjunto de problemas y soluciones cambió —evoluciona— durante el franquismo (Romanos, 2007), pero no lo hizo tanto la identificación de sus responsables. Las iniciativas políticas y diplomáticas de los activistas clandestinos durante la posguerra fueron concebidas y explicadas como la continuación de la trayectoria histórica de lucha por los únicos medios disponibles en ese momento³⁵. Sin embargo, y aunque los anarquistas lucharan por entonces con el resto de «las clases democráticas españolas», el enemigo seguía siendo fundamentalmente el mismo: los fascistas contra quienes se había combatido en los frentes y que por entonces sostenían al «tirano». La imagen de estos enemigos se había construido en los discursos políticos a lo largo de los años previos a la Guerra Civil, y su contenido, llenado precipitadamente durante la contienda (Ledesma, 2005), siguió vigente después de 1939. A mediados de los años sesenta, aunque algunos principios, tácticas y metas hubieran perdido

validez, siendo sustituidos por otros, permanecía el enemigo —los representantes de la tiranía franquista—, si bien para algunos había menguado, con los cincopuntistas viendo en los disidentes falangistas a posibles aliados.

De acuerdo con los límites simbólicos que, contruidos desde la ideología, sustentaban la identidad anarquista, podemos decir que la represión reforzó la relación conflictiva establecida entre los activistas y los agentes y promotores de la represión; una relación que, por otra parte, es requisito imprescindible de la movilización (Della Porta y Diani, 2006). La identidad política de los agentes de la movilización, en tanto que experiencia de ese conflicto, salió a su vez reforzada. La represión y el miedo que extendía su percepción engrosaron los cimientos simbólicos del muro que separaba a los reprimidos de los represores, fortaleciendo al mismo tiempo los lazos que unían a las víctimas. La historia de diferenciación alcanzó en el contexto represivo mayor congruencia, dando mayor plausibilidad a las relaciones sociales establecidas alrededor del conflicto y, en definitiva, corroborando el marco de interpretación y motivación construido a partir del problema social (Gould, 1995: 202): la necesaria defenestración del tirano y el final del régimen de los «esclavos y humillados».

CONCLUSIONES

Este trabajo analiza diversos factores emocionales y simbólicos que ayudan a entender la continuidad del activismo anarquista durante la dictadura franquista. En un contexto significativamente cerrado para la oposición, determinadas emociones mediaron en la atribución de oportunidad. Entre ellas, la esperanza alentada por acontecimientos domésticos e internacionales. También la agitación y la ansiedad ante la posible pérdida del tren de la oposición, o ante el hecho de que este fuera dirigido por otros. Estas

³⁵ Circular 1 de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, Cataluña, 24/05/1944 (IISH, José Peirats Valls, 500/1944); Informe «A los compañeros del ML exilados en México, desde España», 27/06/1944 (IISH, FGP, 804) y Actas del Pleno de Carabaña citado anteriormente.

emociones empujaron la movilización de los anarquistas y, a su vez, estos activistas movilizaron otras emociones en su discurso. En la elaboración de sus marcos estratégicos, los anarquistas representaron el papel de alternativa legítima a un régimen ilegítimo con la intención de reproducir en la audiencia la indignación moral que sentían ante la tiranía, injusticia y brutalidad del franquismo. El público lo formaban los potenciales aliados, tanto dentro como fuera del país, y el motivo último de la escenificación estratégica fue recabar su apoyo, lo que sin embargo apenas consiguieron. En los años sesenta, algunas de sus iniciativas estuvieron guiadas, además, por otros sentimientos: la fascinación hacia la táctica comunista de infiltración en los sindicatos verticales y la culpa tanto por el anquilosamiento del movimiento como por su participación en la violencia colectiva antes y durante la Guerra Civil. Quienes finalmente se movilizaron fueron los anarquistas más comprometidos con la ideología y metas del movimiento. Su identificación con el grupo, y por ende su identidad colectiva, se fortaleció paradójicamente gracias a la represión. La represión cercenó dramáticamente sus efectivos y recursos, pero, al mismo tiempo, reforzó las paredes afectivas y morales de la comunidad de «compañeros» anarquistas que arriesgaban su vida en la acción clandestina. La represión aportó mayor congruencia y plausibilidad a la relación conflictiva establecida con el enemigo; una relación sostenida en historias y narraciones pertenecientes a la tradición ideológica anarquista cuya forma y contenidos se actualizaron durante el franquismo.

Las emociones, los marcos estratégicos y la identidad empujaron la movilización de los anarquistas. Estas fuerzas consiguieron vencer a otras muy poderosas que actuaban en sentido contrario: entre otras, el desánimo generado por las consecuencias de la represión y la ineficacia de la acción, y las consecuencias que tuvo para el interior la ruptura producida en 1945 entre la militancia del exilio que

formalizó un enfrentamiento interno en torno a cuestiones ideológicas, tácticas y también personales. Tras la ruptura, la identidad activista se construyó no solo como la experiencia de la relación conflictiva con el enemigo exterior sino también con el enemigo en casa. Los comités y grupos clandestinos invirtieron muchos de sus escasos recursos en clarificar y legitimar su posición. Por otra parte, no es descabellado pensar que muchos antiguos simpatizantes se alejaron al presenciar los ataques que apasionadamente se dirigían unos a otros: una crisis moral del militante que había comenzado durante la guerra cuando, a ojos de muchos, los ejemplos de virtud militante se contaminaron con la participación en las instituciones (Navarro, 2004).

Esta investigación no agota, por supuesto, el estudio del anarquismo español durante el franquismo. Otras posibles líneas de investigación se abren para futuros trabajos. Sugerimos aquí dos. La primera se ocupa del otro lado del conflicto: el régimen franquista y, en concreto, las emociones generadas entre las élites por las amenazas que, a su vez, alentaron la esperanza de la movilización anarquista. Sería interesante observar, por ejemplo, si se extendió el miedo entre las élites ante un posible desembarco aliado y, en ese caso, qué repercusión tuvo el miedo en la represión, cuestión sin embargo harto difícil de investigar por el complicado acceso a los datos. La segunda propuesta es el análisis combinado de las dimensiones subjetiva y micro-estructural de la participación de la segunda generación de anarquistas a finales de los años sesenta y primeros setenta. Cómo las oportunidades abiertas por la inestabilidad entre las élites se vieron reforzadas por las expectativas de cambio alentadas, entre otros factores, por la enfermedad del dictador; qué emociones se movilizaron en su esfuerzo de clarificación ideológica y táctica en pos de la agitación (política, social, estética, e incluso armada); qué conexiones afectivas, instrumentales y morales se establecieron con la vieja generación de clandestinos, el exi-

lio y los jóvenes de la contestación antiautoritaria internacional de 1968. Pero también, sobre qué contactos específicos y redes de reclutamiento se sostuvo su participación.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvaro Dueñas, Manuel (2006): «Por ministerio de la ley y voluntad del Caudillo». *La Jurisdicción Especial de Responsabilidades Políticas (1939-1945)*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Aminzade, Ronald R. y Doug McAdam (2001): «Emotions and Contentious Politics», en Ronald R. Aminzade et al., *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Andrés Edo, Luis (2006): *La CNT en la encrucijada. Aventuras de un heterodoxo*, Barcelona: Flor del Viento.
- Bar, Antonio (1981): *La CNT en los años rojos (del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926)*, Madrid: Akal.
- Barkan, Steven E., Steven F. Cohn y William H. Whitaker (1995): «Beyond Recruitment: Predictors of Differential Participation in a National Antihunger Organization», *Sociological Forum*, 10: 113-134.
- Bernstein, Mary (2008): «The Analytic Dimensions of Identity: A Political Identity Framework», en Jo Reger, Daniel J. Myers y Rachel L. Einwohner, *Identity Work in Social Movements*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Cadena-Roa, Jorge (2005): «Strategic Framing, Emotions, and Superbarrio-Mexico City's Masked Crusader», en Hank Johnston y John A. Noakes, *Frames of Protest: Social Movements and the Framing Perspective*, Lanham, MD-Oxford: Rowman & Littlefield.
- Casanova, Julián (1997): *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Barcelona: Crítica.
- Cerutti, Furio (2001): «Political Identity and Conflict», en Furio Cerruti y Rodolfo Racioneri, *Identities and Conflicts. The Mediterranean*, Basingstoke: Palgrave.
- CNT (1932): *Memoria del Congreso Extraordinario celebrado en Madrid los días 11 al 16 de Junio de 1931*, Barcelona: Tipografía Cosmos.
- Couch, Carl (1984): «Symbolic Interaction and Generic Sociological Principles», *Symbolic Interaction*, 8: 1-13.
- Damiano, Cipriano (1978): *Resistencia libertaria (la lucha anarcosindicalista bajo el franquismo)*, Barcelona: Bruguera.
- Della Porta, Donatella y Mario Diani (2006): *Social Movements: An Introduction*, Malden, MA: Blackwell.
- Domènech Sampere, Xavier (2002): «El problema de la conflictividad bajo el franquismo: saliendo del paradigma», *Historia Social*, 42: 123-144.
- Einwohner, Rachel L. (2003): «Opportunity, Honor, and Action in the Warsaw Ghetto Uprising of 1943», *American Journal of Sociology*, 109(3): 650-675.
- (2006): «Identity Work and Collective Action in a Repressive Context: Jewish Resistance on the "Aryan Side" of the Warsaw Ghetto», *Social Problems*, 53(1): 38-56.
- (2009): «The Need to Know: Cultured Ignorance and Jewish Resistance in the Ghettos of Warsaw, Vilna, and Lodz», *Sociological Quarterly*, 50(3): 407-430.
- Eisinger, Peter K. (1973): «The Conditions of Protest Behavior in American Cities», *American Political Science Review*, 67(1): 11-28.
- Fine, Gary Alan (2002): «The Storied Group: Social Movements as "Bundles of Narratives"», en J. E. Davis, *Stories of Change: Narrative and Social Movements*, Nueva York: State University of New York Press.
- Flam, Helena y Debra King (eds.) (2005): *Emotions and Social Movements*, Londres: Routledge.
- Freedon, Michael (1996): *Ideologies and Political Theory: A Conceptual Approach*, Oxford: Oxford University Press.
- (2005): *Liberal Languages: Ideological Imaginations and Twentieth-century Progressive Thought*, Princeton: Princeton University Press.
- Gamson, William A. (1991): «Commitment and Agency in Social Movements», *Sociological Forum*, 6: 27-50.
- y David S. Meyer (1996): «Framing Political Opportunity», en D. McAdam, J. D. McCarthy y M. N. Zald, *Comparative Perspectives on Social Movements*, Cambridge: Cambridge University Press.

- García Oliver, Juan (1978): *El eco de los pasos*, Barcelona: Ruedo Ibérico.
- Goldstone, Jack A. y Charles Tilly (2001): «Threat (and Opportunity): Popular Action and State Response in the Dynamics of Contentious Action», en R. Aminzade et al., *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Goodwin, Jeff (1997): «The Libidinal Constitution of a High-risk Social Movement: Affectual Ties and Solidarity in the Huk Rebellion, 1946 to 1954», *American Sociological Review*, 62(1): 53-69.
- y James M. Jasper (1999): «Caught in a Winding, Snarling Vine: The Structural Bias of Political Process Theory», *Sociological Forum*, 14(1): 27-54.
- y — (eds.) (2004): *Rethinking Social Movements: Structure, Meaning and Emotion*, Lanham: Rowman & Littlefield.
- y — (2007): «Emotions and Social Movements», en J. Stets y J. Turner, *Handbook of the Sociology of Emotions*, Nueva York: Springer.
- , — y Francesca Polleta (eds.) (2001): *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Chicago: The University of Chicago Press.
- , — y — (2004): «Emotional Dimensions of Social Movements», en D. Snow, S. Soule y H. Kriesi, *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, MA: Blackwell.
- Gould, Robert V. (1995): *Insurgent Identities: Class, Community, and Protest in Paris from 1848 to the Commune*, Chicago: University of Chicago Press.
- Gurr, Ted Robert (1993): *Minorities at Risk: A Global View of Ethnopolitical Conflicts*, Washington DC: United States Institute of Peace Press.
- Herrerín López, Ángel (2004): *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*, Madrid: Siglo XXI.
- Hunt, Scott A. y Robert D. Benford (2004): «Collective Identity, Solidarity, and Commitment», en D. Snow, S. Soule y H. Kriesi, *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, MA: Blackwell.
- Jasper, James M. (1997): *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*, Chicago: University of Chicago Press.
- y Michael P. Young (2007): «The Rhetoric of Sociological Facts», *Sociological Forum*, 22(3): 270-299.
- Juliá, Santos (2004): «De “guerra contra el invasor” a “guerra fratricida”», en S. Juliá, *Víctimas de la guerra civil*, Madrid: Temas de Hoy.
- Katovich, M. A. y C. J. Couch (1992): «The Nature of Social Pasts and Their Use as Foundations for Situated Action», *Symbolic Interaction*, 15(1): 25-47.
- Katz, Jack (1999): *How Emotions Work*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Kemper, Theodore D. (1978): *A Social Interactional Theory of Emotions*, Nueva York: Wiley.
- Kenney, Sally J. (2010): «Mobilizing Emotions to Elect Women: The Symbolic Meaning of Minnesota's First Woman Supreme Court Justice», *Mobilization*, 15(2): 135-158.
- Klandermans, Bert (1997): *The Social Psychology of Protest*, Cambridge, MA: Blackwell.
- (2004): «The Demand and Supply of Participation: Social-Psychological Correlates of Participation in Social Movements», en D. Snow, S. Soule y H. Kriesi, *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, MA: Blackwell.
- Koopmans, Ruud (2005): «The Missing Link Between Structure and Agency: Outline of an Evolutionary Approach to Social Movements», *Mobilization*, 10(1): 19-33.
- Kurzman, Charles (1996): «Structural Opportunities and Perceived Opportunities in Social-Movement Theory: Evidence from the Iranian Revolution of 1979», *American Sociological Review*, 61(1): 153-170.
- Latorre Catalán, Marta (2005): «Los movimientos sociales más allá del giro cultural: Apuntes sobre la recuperación de las emociones», *Política y Sociedad*, 42: 37-48.
- Ledesma, José Luis (2005): «La “santa ira popular” del 36: la violencia en guerra civil y revolución, entre cultura y política», en R. Cruz et al., *Culturas y políticas de la violencia: España siglo XX*, Madrid: Siete Mares.
- Lizcano Pellón, Manuel (2005): «Epílogo autorreflexivo», *Revista Iberoamericana de Autogestión y Acción Comunal*, 45-47: 17-74.
- Lorenzo, Anselmo (1974): *El Proletariado Militante*, Madrid: Alianza.
- Loveman, Mara (1998): «High-Risk Collective Action: Defending Human Rights in Chile, Uruguay, and Argentina», *The American Journal of Sociology*, 104(2): 477-525.

- Maher, Thomas V. (2010): «Threat, Resistance, and Collective Action: The Cases of Sobibor, Treblinka, and Auschwitz», *American Sociological Review*, 75(2): 252-272.
- Marco Nadal, Enrique (1982): *Todos contra Franco. La Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, 1944/1947*, Madrid: Queimada.
- Martorell Gavaldá, Alfons (2003): *Memorias de un libertario. De la República al exilio*, Madrid: FAL.
- McAdam, Doug (1982): *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, Chicago: University of Chicago Press.
- (1986): «Recruitment to High-Risk Activism: The Case of Freedom Summer», *American Journal of Sociology*, 92(1): 64-90.
- (1996a): «Conceptual Origins, Current Problems, Future Directions», en D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald, *Comparative Perspectives on Social Movements*, Cambridge: Cambridge University Press.
- (1996b): «The Framing Function of Movement Tactics: Strategic Dramaturgy in the American Civil Rights Movement», en D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald, *Comparative Perspectives on Social Movements*, Cambridge: Cambridge University Press.
- , Sidney Tarrow y Charles Tilly (2001): *Dynamics of Contention*, Cambridge-Nueva York: Cambridge University Press.
- Molina, Juan Manuel (1976): *El movimiento clandestino en España, 1939-1949. CNT*, México DF: EMU.
- Molinero, Carme y Pere Ysàs (1998): *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid: Siglo XXI.
- Moradiellos, Enrique (2000): *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, Madrid: Síntesis.
- Morris, Aldon D. (1992): «Political Consciousness and Collective Action», en Aldon D. Morris y Carol McClurg Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven: Yale University Press.
- Navarro Navarro, F. Javier (2002): *Ateneos y grupos ácratas. Vida y actividad cultural de las Asociaciones Anarquistas Valencianas durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Valencia: Biblioteca Valenciana.
- (2004): «El “perfil moral” del militante en el anarquismo español (1931-1939)», *Spagna contemporanea*, 25: 39-67.
- Nepstad, Sharon Erickson (2004): «Persistent Resistance: Commitment and Community in the Plowshares Movement», *Social Problems*, 51(1): 43-60.
- Pachón Núñez, Olegario (1979): *Recuerdos y consideraciones de los tiempos heroicos. Testimonio de un extremeño*, s.l.: Edición del autor.
- Passy, Florence y Marco Giugni (2001): «Social Networks and Individual Perceptions: Explaining Differential Participation in Social Movements», *Sociological Forum*, 16(1): 123-153.
- Polleta, Francesca (2000): «The Structural Context of Novel Rights Claims: Rights Innovation in the Southern Civil Rights Movement, 1961-1966», *Law and Society Review*, 34: 367-406.
- y James M. Jasper (2001): «Collective Identity and Social Movements», *Annual Review of Sociology*, 27: 283-305.
- Ramos, Carlos (1990): «El Cincopuntismo en la CNT, 1965-1966», en J. Tusell, A. Alted y A. Mateos, *La oposición al régimen de Franco*, Madrid: UNED.
- Reed, Jean Pierre (2004): «Emotions in Context: Revolutionary Accelerators, Hope, Moral Outrage, and Other Emotions in the Making of Nicaragua's Revolution», *Theory and Society*, 33(6): 653-703.
- Reger, Jo, Daniel J. Myers y Rachel L. Einwohner (eds.) (2008): *Identity Work in Social Movements*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Ricoeur, Paul (1997): *L'Idéologie et l'utopie*, Paris: Éditions du Seuil.
- Romanos, Eduardo (2007): *Ideología libertaria y movilización clandestina. El anarquismo español durante el franquismo (1939-1975)*, tesis inédita, European University Institute.
- (2008): «República y republicanismo en la ideología libertaria de posguerra», en C. Cabrero Blanco et al., *La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea*, Oviedo: Universidad de Oviedo-KRK Ediciones.
- (2009): «Confederación Nacional del Trabajo», en Immanuel Ness, *International Encyclopedia of Revolution and Protest: 1500 to Present*, Malden, MA: Blackwell.
- Rufat, Ramón (2003): *En las prisiones de España*, Zaragoza: Fundación Bernardo Aladrén.
- Schwartz, Barry (1996): «Memory as a Cultural System: Abraham Lincoln in World War II», *American Sociological Review*, 61(5): 908-927.

- Sesma Landrin, Nicolás (2006): «Franquismo, ¿Estado de Derecho?: notas sobre la renovación del lenguaje político de la dictadura durante los años sesenta», *Pasado y Memoria: Revista de Historia Contemporánea*, 5: 45-58.
- Snow, David A. (en prensa): «Framing and Social Movements», en D. Snow *et al.*, *The Blackwell Encyclopedia of Social and Political Movements*, Malden, MA: Blackwell.
- y Doug McAdam (2000): «Identity Work Processes in the Context of Social Movements: Clarifying the Identity/Movement Nexus», en S. Stryker, T. Owens y R. White, *Self, Identity, and Social Movements*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Soto Carmona, Álvaro (1998): «Huelgas en el franquismo: Causas laborales-consecuencias políticas», *Historia Social*, 30: 39-61.
- Tarrow, Sidney (1989): *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford: Oxford University Press.
- (1994): *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Taylor, Verta y Nancy Whittier (1992): «Collective Identity in Social Movement Communities: Lesbian Feminist Mobilization», en A. Morris y C. McClurg Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven: Yale University Press.
- Temblador, Manuel (1980): *Recuerdos de un libertario andaluz*, Barcelona: Edición del autor.
- Tilly, Charles (2002): «Political Identities in History», en Ch. Tilly, *Stories, Identities, and Political Change*, Oxford: Rowman & Littlefield.
- y Sidney Tarrow (2007): *Contentious Politics*, Boulder-Londres: Paradigm.
- Vega García, Rubén (2002): «Una huelga que alumbraba España», en *El camino que marcaba Asturias: las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón: Ediciones Trea-Fundación Juan Muñiz Zapico.
- Whittier, Nancy (2009): *The Politics of Child Sexual Abuse: Emotion, Social Movements, and the State*, Oxford: Oxford University Press.
- Wood, Elisabeth Jean (2001): «The Emotional Benefits of Insurgency in El Salvador», en J. Goodwin, J. Jasper y F. Polleta, *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Ysàs, Pere (2004): *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona: Crítica.

RECEPCIÓN: 31/08/2010

APROBACIÓN: 19/10/2010